

+ Roma, 4 de septiembre de 2009

Queridos hermanos en el Carmelo:

Con ésta os enviamos una nueva ficha de lectura para el “Libro de la Vida” de Santa Teresa de Jesús, que quiere completar aquella que aprobamos en el Capítulo General y tenía un contenido más dinámico y pastoral. La que ahora llega, como podrás ver, es más teórico-doctrinal y trata de situar el libro contextualizándolo, presentando su contenido y secciones y haciendo una breve introducción para la lectura de cada una de ellas.

Como verás también, la ficha no es muy larga; no hemos querido, en fidelidad a lo hablado en el Capítulo General, hacer una gran introducción que robe tiempo a lo que realmente importa: leer a Santa Teresa de Jesús.

Te rogamos que, lo antes posible, hagas llegar a los frailes, monjas y miembros de la OCDS, del modo que te sea más práctico, una copia de esta ficha que, en breve, podrá descargarse también del Sitio Web que, con motivo del Centenario, preparará la Comisión nombrada por el Definitorio general, que ha preparado esta ficha con la ayuda del P. Salvador Ros, ocd. Cada año llegarán a tus manos, para distribuirlos en tu circunscripción, dos fichas como estas: una de tipo más pastoral y otra más teórica y doctrinal.

“Ahora comenzamos...” y para hacerlo “de bien en mejor” ofrecemos a nuestros hermanos y hermanas este sencillo material. La lectura fiel y creativa de cada uno de nosotros, esperamos, será el terreno adecuado en el que estas simples semillas darán fruto abundante.

Con afecto y unido a tu oración: P. Emilio J. Martínez González, Vic. Gen. ocd.

SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida* Guía de lectura

Introducción

Al ponernos frente al *Libro de la Vida* (V) de santa Teresa, nuestra actitud no es la de quien acude a leer un libro por mera curiosidad o por simple obligación. Tomamos conciencia de que nos encontramos ante un buen libro, un libro que nos implica, que cuenta cosas que sentimos en algún modo nuestras; lo que en V se cuenta, de alguna manera está dentro de nosotros, nos sucede.

V puede ser leído de manera participativa, porque la Madre Teresa ha propuesto en él su historia personal como un camino de experiencia para otros. El modo como ella se ha conducido o, mejor, ha sido conducida, es una guía adecuada para la aventura interior que nos lleva al pleno encuentro con Dios. Ella lo dice explícitamente cuando afirma que es su intención al escribir “engolosinar las almas de un bien tan alto” (V 18, 8).

Esa espontánea confesión teresiana nos aporta la clave de lectura que debe guiar nuestro acercamiento a V y, puede afirmarse, a todos sus escritos: santa Teresa es mediadora de una Presencia activa, la presencia de Dios, tiene la eficacia de propiciar el encuentro personal, no sólo con ella, sino también con su interlocutor divino, pues Teresa siempre que habla de Dios lo hace delante de él, *coram Deo*, de forma que él aparezca y se manifieste por sí mismo.

Una lectura, por tanto, receptiva y vibrante como la que solía hacer su primer editor, fray Luis de León: “Y así, siempre que los leo [los escritos teresianos], me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee”¹.

Esta sensación, este convencimiento, se multiplica para sus hijos e hijas: como carmelitas somos llamados de un modo particular a encontrar nuestra verdad, la Verdad, en las páginas de este *Libro vivo*.

Muchos de nuestros hermanos y hermanas dan fe explícitamente de esta experiencia al contarnos su vocación o su conversión como fruto del encuentro con Teresa y con Jesús, camino, verdad y vida, a través de la lectura de sus obras, particularmente de V (desde Francisco de Santa María Pulgar y Tomás de Jesús en el s. XVI, hasta Teresa Benedicta de la Cruz en el XX).

Así nos lo recuerdan las Constituciones de los carmelitas descalzos: “El origen de nuestra familia en el Carmelo y el sentido más profundo de nuestra vocación están estrechamente vinculados a la vida espiritual y al carisma de santa Teresa y, sobre todo a las gracias místicas, bajo cuyo influjo concibió ella el propósito de renovar la Orden” (n. 5; cf. n.4 de las Constituciones de las carmelitas descalzas).

Y, si queremos hacer una lectura verdaderamente aprovechada, no olvidemos lo que nos decía N. P. General en el prefacio al documento del Capítulo “Para Vos nació”: “Apenas abrimos el volumen de las obras de Santa Teresa, nos encontramos con el extraordinario prólogo del *Libro de la Vida*, en el cual ella advierte al lector de que no olvide el lado oscuro de su persona, del que no le es permitido decir palabra, porque sólo se le permite escribir de su modo de orar y de las gracias recibidas. Es una declaración que

¹ FRAY LUIS DE LEÓN, Carta-prólogo a *Los libros de la Madre Teresa de Jesús*, Guillermo Foquel, Salamanca 1588 (el texto aparece en la edición del *Libro de la Vida* publicada por BAC, Madrid 2001, 332, a cargo de S. ROS GARCÍA, OCD).

nos pone enseguida fuera del convencional estilo hagiográfico y nos reconduce a la autenticidad de una vida cristiana en continuo estado de conversión. Si Teresa escribe esto es precisamente para que nadie se sienta excluido de la posibilidad de recorrer su camino y de recibir gracias semejantes a las que ella ha experimentado. Pero si entre nosotros y Teresa de Jesús se entremete una barrera hecha de estereotipos, conformes más que a la historia real de Teresa a los cánones de una cierta hagiografía o de una cierta teología espiritual, la escucha de sus palabras no podrá convertirse para nosotros en manantial de saludable renovación, y amenaza con convertirse en un piadoso ejercicio, del que podrán derivar, a lo más, consideraciones de tenor moralista o espiritualista”.

1. Un *Libro vivo*

Este *libro vivo* es la primera obra de la Santa y carece de título auténtico. Fueron los bibliotecarios de El Escorial los que escribieron el que ha llegado hasta nosotros en su primera página.

De todas sus obras, V es la más extensa y en ella santa Teresa se define como escritora. Se trata, además, de un escrito profundo, sobrecogedor, una auténtica revelación de su alma, al punto de que ella misma lo llamará así: “mi alma” (Cta. A Doña Luisa de la Cerda, 23 de junio de 1568, 3; cf. V 16, 6; V epílogo, 4).

Santa Teresa ha hecho en este libro un esfuerzo sistemático –el primero en la historia del pensamiento y la literatura- por volcar en sus páginas la totalidad de su persona, de modo que los críticos literarios lo consideran el libro más personal de toda la literatura española.

Esto es así porque santa Teresa no pretende simplemente escribir una autobiografía, sino contar al lector su vida como una *historia de salvación*, como un espacio de encuentro con Dios. La Santa nos narra el modo en que Dios toma el protagonismo de su vida, *esperándola* (cf. V, prólogo) y transformándola pacientemente. Así pues, el libro cuenta la intervención de Dios en la vida de la mujer que es Teresa de Jesús con intención implicativa, es decir, animando al lector a ponerse en la ocasión de que Dios tome también el protagonismo de su propia vida.

A pesar de haber sido escrita en períodos diversos (1562-1565), se trata de una obra muy pensada y con una estructura bien definida, alternando la narración de sucesos biográficos y la exposición de carácter doctrinal. Este ritmo entre lo narrativo y lo didáctico es una característica muy peculiar de la escritora y nota común de todos sus escritos. Ella, que es una excepcional narradora, no se limita a transmitir una crónica, sino que, llevada de un imparable afán comunicativo, prefiere ejercer el oficio de conductora espiritual, haciendo de la narración biográfica una plataforma para lo doctrinal, buscando acogida a sus palabras más que respuesta a las mismas.

2. Estructura del libro

El libro se desarrolla en 40 capítulos que dan lugar a cinco secciones temáticas distintas:

Sección I. La primera parte del libro abarca los capítulos 1 al 9, en los que santa Teresa hace un retrato autobiográfico de 40 años de existencia, desde la infancia hasta el acontecimiento fundante de su experiencia mística. A lo largo de la narración, Teresa parece desdoblarse en dos sujetos: narrador y personaje; el narrador posee la perspectiva que ella tiene al escribir, mientras que el personaje actúa y se relaciona según la perspectiva que la misma Teresa tenía al suceder los

hechos narrados. La sección es de un dramatismo creciente en el que el lector se ve claramente implicado, hasta llegar al episodio de la conversión, que santa Teresa muestra como el acontecimiento clave de su vida, aquél que marca un antes y un después.

Sección II. Tras el capítulo 10, que hace de transición, los capítulos 11 a 22, la escritora hace una exposición detallada de los cuatro grados de la oración, mediante el uso de una imagen alegórica: las cuatro maneras de regar el huerto, que se corresponden con la oración meditativa (c. 11-13), la oración de recogimiento infuso y de quietud (c. 14-15), la oración de sueño de potencias (c. 16-17) y la oración de unión (c. 18-21). El capítulo 22 resume y corona todo el itinerario espiritual con la mediación insustituible de Jesucristo, “por quien nos vienen todos los bienes” (V 22, 7). Esta sección nos preparará para comprender mejor la vida nueva que ella está experimentando desde su ingreso en la experiencia mística.

Sección III. Entre el capítulo 23 y el 31 la autora vuelve a la narración autobiográfica, pero no como en la primera sección. Ahora la distancia de la que hablábamos entre el sujeto narrador y el personaje se reducen al mínimo, confluyendo ambos en un cambio de identidad que se anuncia desde el principio con expresión y experiencia similares a las de san Pablo: “Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva: la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración es que vivía Dios en mí” (V 23, 1).

Sección IV. La cuarta parte transcurre entre los capítulos 32 y 36, donde aparentemente se desvía el discurso sobre su vida para tratar de sucesos externos: la fundación del monasterio de San José de Ávila. Pero el acontecimiento y la crónica son, según la propia autora, fruto de lo anteriormente narrado, fruto y efecto de su experiencia mística, convertida en fuente de vida para otros. Su *personal historia de salvación* se engarza en la *Historia de la Salvación* y santa Teresa, junto al grupo de sus primeras seguidoras, se dispone en San José a servir a Cristo y a su Iglesia. Las gracias recibidas se revelan, así, no como un privilegio particular del que disfrutar personalmente, sino como un don eclesial, del que todos han de beneficiarse.

Sección V. La constituyen los capítulos finales de V, del 37 al 40, en los que santa Teresa, animada por el P. García de Toledo, vuelve a la narración autobiográfica para completar la secuencia de la tercera parte con lo que actualmente está viviendo. En contraste con los temores y perplejidades de entonces, se manifiesta aquí un sentimiento de serenidad y de seguridad interior que la lleva a contar nuevas experiencias con absoluta convicción.

3. Pistas para la lectura reflexiva de estas secciones

Sección I. Teresa nos habla de sí, verdaderamente: su familia, su vida de niña, adolescente y joven, su primera vocación, su encuentro con la vida carmelitana, etc. Pero, ante todo, santa Teresa nos habla de Dios, de la acción de Dios en ella, de un Dios dinámico y activo que no deja nada por hacer en su deseo de acercarse al hombre, de abajarse para compartir su vida y transformarlo, por encima de cualquier crisis. Fundada en su personal experiencia, Teresa nos enseña que Dios es

una presencia positiva, que mejora a la persona, alienta sus buenos deseos y perdona sus culpas.

Para mostrar de modo aun más claro la grandeza de Dios y su deseo inagotable de transformar a la persona, Teresa se presentará a sí misma como ingrata, resistente a la acción divina. No se trata, sin embargo, de una visión pesimista o negativa de la persona humana; santa Teresa sólo pretende poner de manifiesto lo inigualable de la iniciativa divina, hacernos ver que la acción de Dios no depende de nuestros méritos, aunque valore nuestras buenas intenciones, sino única y exclusivamente de su misericordia.

Sección II. La oración es ámbito de encuentro privilegiado entre Dios y la persona humana, en el que se realiza el *milagro* de la transformación. Dios se sienta a la mesa del hombre y la mujer, gusta de pasear con ellos, con el fin de comunicarles su propia naturaleza. Por parte de la persona esto exige, en el ámbito de la oración, una disposición desasida y amorosa; la oración no es una práctica donde buscarse a sí mismo, donde hallar consuelos espirituales, sino la puerta abierta a la acción de Dios que, a su ritmo y no al nuestro, nos irá haciendo saber de su amistad y amor, tomando las riendas de nuestra vida. Jesucristo, su sacratísima Humanidad, juega un papel irremplazable en este proceso: en él hemos sido salvados y por él nos hace Dios todas las mercedes necesarias para nuestra transformación a su imagen; abandonarle es cerrar el paso a cualquier progreso espiritual.

Sección III. Si cabe, en esta sección Dios se hace aún más protagonista de la vida de Teresa, que es *una vida nueva*. Tanto que la persona, como le sucedió a santa Teresa, puede sorprenderse de descubrir a Dios tan vecino, tan enamorado, haciendo mercedes constantes al alma que él ama. Hasta que tanto amor se impone, terminan las dudas y la persona puede moverse en armonía con Dios, que se convierte en centro, raíz y objetivo único del hombre y la mujer. Las *mercedes* recibidas por Teresa (visiones, locuciones, etc.), siendo importantes no constituyen lo esencial de la experiencia mística; lo esencial es la enseñanza que se recibe mediante ellas, la profundización en la experiencia de comunión con Dios vecino y amante de la persona. Teresa dejará constancia de los frutos de sus experiencias místicas: riqueza personal, cambio moral, crecimiento en el amor a Dios y a los otros, humildad, rechazo del mal, etc. Junto a este panorama tan rico de gracias y mercedes, aparecen las pruebas, tentaciones y rechazos, incomprensiones y durezas. La perfección no se alcanza en breve, ni es el camino que conduce a ella un camino exento de dificultades, internas y externas. Ante todo la Santa pedirá poner atención al desaliento que puede causar la propia debilidad: no cabe otra salida que confiar en el Señor y tener paciencia con uno mismo; no fatigarse, esperar en el Señor, perseverar en oración y hacer lo que cada uno pueda de su mano, hasta hacer obra los deseos.

Sección IV. Nada da Dios para uno solo. Somos parte de la entera comunidad humana y somos parte de la Iglesia, puesta en medio de esa comunidad como luz que alumbra, como ciudad en lo alto de un monte. Levadura y fermento para una sociedad que corre el riesgo de dar la espalda a Dios. La experiencia de santa Teresa, que ella nos invita a hacer propia, es la de que todas las gracias místicas recibidas son para los otros, para la humanidad y para la Iglesia. Dios pone su mano en la historia como *toque salvador* a través de Teresa, animándole a la fundación del monasterio de San José. Del mismo modo Dios pone su mano sobre nosotros

para invitarnos a dejar de lado cualquier proyecto personal y abrazar en su nombre incluso aquello que nos parece completamente incomprensible.

Sección V. Como comunidad, contemplamos con santa Teresa las maravillas obradas por Dios que sigue haciendo nacer espacios de oración, pobreza y fraternidad. Contemplamos nuestra comunidad y tratamos de construirla a imagen del sueño teresiano hecho realidad en san José. Estamos llamados por la Madre a *darnos prisa en servir a su Majestad*, para que se realicen en nosotros y por nosotros *milagros* semejantes a aquellos que por medio de santa Teresa se realizaron, de los cuales ella nos deja constancia en este *libro de su vida*: “De esta manera vivo ahora, señor y padre mío [P. García de Toledo]. Suplique vuestra merced a Dios o me lleve consigo o me dé cómo le sirva” (V 40, 23).